LOS FRANCESES TAL COMO SON.

LOS FRANCESES TAL COMO SON.

EXTRACTO LIGERO

DE LAS CARTAS DE UNA SEÑORA INGLESA QUE VIAJÓ EN FRANCIA, PUBLICADAS EN LÓNDRES POR JOHN SIFFORD, AUTOR DE LA HISTORIA DE FRANCIA Y DE LA CARTA DEL LORD LAUDERDALE EL AÑO DE MIL SETECIENTOS NOVENTA Y SIETE.

MADRID: POR REPULLES.
1808.

EL EDITOR.

Presento al público un fracmento, que segun mi opinion, es muy oportuno en las actuales circunstancias; pero como pertenece à una obra muy dilatada, creo estoy en la obligacion de dar cuenta á mis lectores del motivo que tengo para su publicacion, y del modo con que ha venido á mis manos.

Es, pues, el caso que mi buena suerte me proporcionó la amistad de uno de aquellos hombres despreocupados é instruidos, que son raros en todas las naciones, así como en todas son sumamente apreciables. Es un español, excelente patriota, pero no de aquellos, que amando exclusiva-

mente á su patria, desprecian sin exámen todo lo que no ha nacido en ella; así como tampoco es de aquellos otros que, preocupados á favor de los extrangeros, abrazan sin reflexîon todo quanto viene de fuera. En fin, es un hombre que se cree ciudadano del universo, y hermano de todos los hombres, y procura seguir siempre la luz de la verdad, y la voz de la razon, ya suene entre los hielos del norte, ó ya se dexe oir desde las mas remotas tierras del hermoso oriente.

A este hombre singular, y de cuya amistad me glorío, enviaba yo, hace algun tiempo, quantos papeles curiosos se publicaban en esta Corte; y en el dia desde que, gracias á la divina misericordia y al patriotismo de los héroes nacionales, nos vemos libres del pérfido yugo de la Francia, han sido mucho mayores mis remesas de papeles, porque ha crecido mucho mas el número de ellos. Proclamas, cartas, fábulas y obras en

verso, nada ha dexado de leer mi amigo, porque nada he dexado yo de enviarle. Con esto me creí autorizado á suplicarle que me dixese su parecer acerca de todos aquellos papelotes, y él lo hizo del modo siguiente:

"Amigo mio, la última de vmd. me hace ver que no es tan desinteresado como yo le juzgaba, y que quiere le recompense el trabajo que ha tenido enviándome el sinnúmero de papeles que han producido las circunstancias del dia; y aunque sea verdad que quien recibe un beneficio queda obligado á la paga, con todo, en este caso me parece que la que vmd. pide excede á su beneficio. Pedirme la censura de tantas obras es pedirme que escriba una muy voluminosa é inútil, y en la que nada podia decirle que vmd. ya no supiese por sí mismo. Por otra parte no se deben criticar las obras publicadas con el laudable fin de excitar el patriotismo en unas circunstancias tan críticas. En este caso el talento de todo-

los hombres hace tambien su especie de donativo ; y así como el patriota rico ofrece una cantidad respetable quando la patria lo exîge, y el ménos pudiente la ofrece ménos, sin que esta oferta sea ménos apreciable que aquella ; pues naciendo de un mismo principio solo se diferencia con relacion á los posibles de los que ofrecen, así tambien el hombre de talento hace un buen donativo literario ; y el que poco talento tiene publíca un papelillo qualquiera, pero muy apreciable, por mas desaliñado que se presente en la escena ; pues á lo ménos va publicando que su autor se interesa en las glorias de su patria, y que es un amigo de su nacion ; circunstancia que no es poco apreciable, y que en mi sentir vale mas que la mucha habilidad, sino va acompañada de un buen zelo.

Con esto digo á vmd. que quantos papeles me ha enviado los doy por buenos y apreciables ; los he leido con interés, y los conservo con

gusto. Esta es mi censura, y esta la respuesta á su súplica, que siendo de un amigo mejor la deberia llamar precepto.

Pero ya veo que no quedará vmd. contento con esta generalidad, y aun yo le aseguro á vmd. que tambien conozco que debo hacer mas, pues á mas me hallo obligado; y así para cumplir esta dulce deuda remito á vmd. la siguiente obrilla, si así puede llamarse un simple extracto de una muy voluminosa. En ella se pintan los franceses tales como son, y se pintan en tiempo en que aun no se habian hecho tan odiosos á toda la Europa como en el dia lo han quedado. Y si bien es verdad que está escrita por una pluma inglesa, circunstancia que parece inclina á sospechar algun poco de partido, hemos de hacernos cargo que la autora cuenta simplemente lo que vió, y en esto poco partido cabe. Ademas quando por nuestra desgracia nosotros mismos acabamos de ver lo propio que

ella, no tenemos ningun motivo de dudar de la verdad con que escribe.

Llegado es el dia de conocer á fondo la nacion que tanto le ha dado á conocer; la nacion que ántes era el objeto de nuestras admiraciones, y la que juzgábamos como fuente de todo lo bello y sublime, tanto en armas como en letras, costumbres &c. Ella misma ha corrido el velo, y no tiene de que quejarse, si acabando de quitar las magníficas ropas que cubrian este ídolo, manifestamos á todos que es barro lo que parecia oro, y que un barnicillo bien dado alucinaba ocultando la figura mas despreciable. No consiguiéron nunca los franceses deslumbrar al sábio gobierno inglés, y aun tengo yo tambien la gloria de decir que á mí tampoco me engañáron. Bien se acordará vmd. de nuestras antiguas conversaciones quando estuve en esa corte, y tambien se acordará de quantas veces discordábamos en el modo de apreciar á aquellos caros aliados que tan-

to estrecháron su alianza, que *de amigos quisiéron hacernos esclavos.*

En fin, gracias á Dios, que aunque tarde los hemos conocido. Elogiemos sin cesar á los valerosos patricios que se atreviéron á mirar cara á cara este Coloso que todas las demas naciones del Continente miraban con los ojos clavados humildemente en los escalones de su trono; y pues en el dia podemos decir sin escandalizar á nadie, lo que ántes pensábamos, y lo que ántes leimos, háganos un verdadero servicio á la literatura nacional, publicando obras que en lugar de llevar el sello francés, llevan el de la verdad, y deben servir para borrar antiguas preocupaciones.

Obra de esta clase es la intitulada *A residence en France &c.*, y es una coleccion de cartas escritas por una señora inglesa que hizo un viage á Francia, y permaneció en ella por espacio de quatro años. En ellas, ademas de pintar el verdadero carácter francés, y referir sus usos y costum-

bres, pone unas curiosísimas observaciones, fundadas en los mismos hechos, que sin duda son muy apreciables. Esta obra consta de dos tomos en 8.º; y yo me lisongeo de que pronto podré proporcionársela á vmd., á fin de que si quiere la publique traducida; pero miéntras que esto llega le incluyo el extracto de la misma publicado en un periódico inglés bastante conocido. Hágale vmd. ver la luz pública, que ó yo me engaño mucho, ó ha de hacer una buena carrera entre los papeles del dia. Así, negando á vmd. lo que me pedia, no dexo tan desairado su ruego que no le proporcione un buen rato por los muchos á que le soy deudor con los papeles que me ha enviado. Queda de vmd como siempre &c."

Esta es la carta de mi amigo, y yo apénas la leí quando tomé la pluma, y traduxe el quadernito que la acompañaba, pareciéndome que, como él dice, no puede ménos de agradar á quantos le lean. Dice el refran

qué por la uña se conoce el leon, y por el extracto se conocerá el mérito de la obra. Si este fuese bien recibido, pronto me prometo publicar aquella, pues mi amigo es hombre formal, y no dexará de proporcionármela. Parece que es mas político que filosófica mi literatura, pero tiene la ventaja de que pinta con verdad, y esto siempre es útil para el lector. Vecinos nuestros son los franceses, nuestra desgracia ha sido no conocerlos con tiempo; conozcámoslos ya en sí mismos, pues tal era la preocupacion con que los mirabamos, que se puede decir que una relacion de un viage á Francia, escrita con desinteres y verdad, nos debe ser tan apreciable como la de un viage al pais mas remoto y ménos conocido. Tal es el poder de la preocupacion que quando las sombras de esta han cubierto bien un objeto necesitamos mucha luz y muchos exámenes, y aun muchos desengaños para verle como es en sí!..

Baste ya de introduccion, y comencemos el extracto de la obra, á cuyos párrafos añadiré algunas notas.

"Segun mis propias observaciones, y las de quantos viageros han residido en Francia, y han tenido medios de establecer bien sus juicios (dice la señora inglesa) me parece que puedo decir que la mayor parte de los franceses que han leido son unos verdaderos pedantes que no conocen las naciones modernas, sus relaciones comerciales y políticas, ni sus leyes, costumbres, ni carácter. Los autores favoritos en Francia son Rollin y Plutarco, el deista Voltaire y el visionario Rousseau. Así por lo comun solamente por casualidad citan los franceses á César, á Licurio &c. Se juzgan tambien demasiado instruidos y demasiado sábios para creer en Dios.... hablan de Lacedemonia con una perfecta confianza, y tienen de la Rusia casi la misma idea que de la Caferia."

El Editor.=Gran golpe es este

para los amigos de la Francia : aquí los tenemos *pedantes y bereges*. Y qué ¿diremos que saben la verdadera política, diremos que conocen las naciones vecinas? unos hombres que tan vilmente pensáron apoderarse de la nuestra, sin pensar, que aun quando lo consiguiesen, tenemos Américas? Les concederemos que conocen el carácter español, quando tanto nos desprecian, y haciéndonos la guerra con papeles y engaños, pensáron triunfar de nosotros? Los llamarémos católicos como en aquellos dias de opresion sostenia *el gran diario* de Madrid, habiendo visto lo que en nuestros templos han hecho? Partidarios de la Francia, sufrid este golpe. La verdad amarga, pero debe decirse. Si la obra, cuyo extracto es este, llega á publicarse, mas amargas cosas teneis que leer.

Nuestros compatriotas (dice la observadora) que llegan á Francia por la primera vez, preocupados con aquellas ideas favorables que los fran-

ceses han publicado de sí mismos, y que las demas naciones han querido creer de buena fé, se admiran al ver que los habitantes de aquel pais tan célebre son muy inferiores á los ingleses en todos los artes que contribuyen á la comodidad y delicia de la vida. Hallan en las casas mas decentes muebles muy estropeados, chimeneas mal construidas, y que vuelven todo el humo, aposentos donde entra tanto ayre como en un patio &c. Bien es verdad que estas malas chimeneas estan magníficamente adornadas, las sillas y muebles estropeados cubiertos de ricos damascos, y los aposentos frios, incómodos, bien provistos de quadros y espejos. Una casa francesa está como de perspectiva; pero no da aquella idea de comodidad y decencia, que es el verdadero luxo de los ingleses.

El Editor. = Aun en sus muebles y habitaciones atienden los franceses á la apariencia mas que á la realidad. Quizá parecerá increible que

los antiguos maestros de todo lo bueno tengan muebles estropeados ; pero por desgracia vimos en nuestras casas mismas lo desaseados que son con todo quanto hallan á mano. La escritora inglesa, hablando con imparcialidad, dice tambien, que las casas de la primera nobleza deben exceptuarse de la crítica general ; pero con todo añade que aun en estas no se halla aquel buen órden y perfecta armonía que en las inglesas.

Generalmente se cree que los franceses son alegres por naturaleza; pero nuestra escritora les niega hasta esta circunstancia. Véase aquí lo que escribe desde Arras.

"Llegué aquí el dia en que el pueblo daba un bayle para obsequiar á los voluntarios que habian vuelto del socorro de Lila. Los franceses no se niegan jamás á divertirse quando se les manda ; pero como las fiestas de este género no son la efusion del extremo de alegría voluntaria, sino que estan arregladas metódicamente co-

mo una distribucion de impuestos, son débiles y sin interés. Toda la alegría consiste en el movimiento de los pies, y aun el bayle por sí mismo es muy poco animado. Varias veces he visto muchachas del pueblo baxo baylar contradanzas con la misma gravedad que la que se dice tienen las damas de la China. Siempre he creido lo que dice Sterne, y es que nos engañamos llamando á los franceses nacion alegre. Es verdad que bien frecuentemente gesticulan con suma viveza, y gustan mucho del bayle; pero su risa no es mas que por costumbre, sus gestos solo dependen de la ligereza constitucional de su máquina, y en quanto á su pasion por el bayle, mas bien que de alegría dimana del influxo del clima, y de aquella necesidad de movimiento que tienen las *cabezas vacías*, quando el calor ú otras causas fisicas no se oponen á ello. Bien conozco que semejante opinion parecerá falsa y extraña; pero apelo al juicio de quantos

han estudiado á fondo el carácter nacional de los franceses. Mirad desde alguna distancia á dos franceses que esten en conversacion. Su gesticulacion tan viva, todo el juego de su fisonomía, y un continuo manoteo os harán creer que tratan de un objeto de la mayor importancia. Acercaos á ellos, y os sorprehendereis viendo que con todo aquel aparato de interés estan hablando del tiempo que hace, de quanto ha costado un pañuelo, de otra bagatela semejante. Si en Inglaterra se viese que dos hombres estaban hablando y gesticulando con tanta viveza, qualquiera iria á buscar al juez de paz, creyendo que reñian. En fin, yo opino que creemos nace de su carácter, lo que solo depende de una causa fisica, y por mas amables que se juzgue á los franceses, yo los niego absolutamente la alegria.

Ni tampoco les concedo aquella urbanidad y atencion tan decantada. Si la urbanidad consiste en una cadena de palabras pronunciadas tal

vez por costumbre y sin reflexion, los franceses son muy urbanos y atentos; pero si á las palabras han de corresponder las acciones, todo queda deshecho.

Los franceses, tanto hombres como mugeres, creen que pronunciando la frase *con su permiso de vmd., con su licencia &c.*, pueden impunemente cometer la mayor grosería, sin que se les tenga por impolíticos. Por exemplo, estará uno leyendo, y un francés viene, y haciendo la salva con su *permettez*, le quita el libto de la mano. El *permettez* les sirve para llegarse á ver lo que uno está escribiendo, para entrarse sin avisar en el quarto mas retirado de la casa, para sentarse en el mejor puesto, para tocar repetidas veces el pañuelo, el abanico, el vestido de qualquiera, y hacer otras groserías semejantes.

El Editor. = Amarga crítica es esta; pero no falta á la verdad. Los franceses son muy poco atentos; su civilidad, así como todas sus cosas, no

pasa de la apariencia. He oido decir á una señora de la primera nobleza que por tener una magnífica casa en esta corte ha sufrido la incomodidad de alojar en ella á varios oficiales de mucha graduacion; quánto extrañaba verlos en la mesa, y quántas groserías cometian en su casa. *Por cierto*, estas son sus palabras, *me he llevado mucho chasco. Los tenia por modelos en todo, y ni aun saben comer con decencia.*

En fin (prosigue nuestra escritora) las calles de las ciudades de Francia estan por lo comun tan sucias que apénas se puede uno llegar á las aceras. Los templos tan desaseados que parece increible. Miéntras se canta el Oficio divino todos los asistentes pasean como si nada hubiese, y el momento mas solemne de la misa las mugeres que alquilan las sillas continúan pidiendo su dinero como sino se hiciese tan augusta ceremonia... En el teatro los actores y actrices tosen y escupen de un modo que en qual-

quier otro pais pasaria por indecente, aun en la casa de mayor satisfaccion; pero en Francia este es el uso general. Las posadas tambien estan poco limpias, y aunque las criadas y posaderas son muy serviciales; sus ideas de decencia, limpieza y comodidad distan mucho de las que tiene un viagero inglés, y no pueden contentarle. En fin, me seria imposible decir todo lo que he visto, y que me sirve para fundar mi opinion.... Los franceses tienen tan poco respeto á la urbanidad, atencion y decencia, que apénas pueden comprehender lo que estas palabras significan. Pero si tan débiles son en quanto á las fórmulas ó signos de la urbanidad, no lo son ménos en quanto á la esencia misma de esta qualidad, que no consiste sino en una benevolencia general, es decir, tratar á los demas como queremos ser tratados. La regla tan sencilla como segura de no preferirse á los demas, es tan incomprehensible para un francés, como el mas intrincado

problema de Euclides. Ya sea en las casas mas pequeñas, ó ya en las de mayor entidad, su interés personal y su placer son los principios que hacen obrar á los franceses, y de aquí nace el egoismo refinado, que oculto baxo las formas brillantes, engaña á todas las naciones; el saber ocultar este egoismo es lo que constituye su urbanidad.

Bien á nuestra costa sabemos que el principio de las acciones de los franceses es su interés y su placer. De este modo todo lo juzga lícito, todo lo atropella, y nada sabe respetar. Su conducta en España es la mejor prueba de esta verdad; y así la obra que extractamos debe ser muy apreciable en el dia, pues quanto dice se ve confirmado por la misma experiencia; y si ántes pareceria increible, ahora se la puede dar todo el crédito que merece.


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm